

Me despedí de él, no sin dolor, en su trance fatal.

—¡Adiós—pensé—mi perro incomparable! ¡Nunca te olvidaré! ¡Jamás encontraré un amigo como tú!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 NOR. TERC. MEXICO

IVAN SUKHIKH

LA impresión de armonía patriarcal que la casa de los Teleguín despierta en mí, vióse turbada una vez por un suceso que voy á contar. Fué durante mi última estancia en la casa; ya era estudiante yo por entonces.

Había entre la servidumbre un tal Iván, apodado Sukhikh. Era un hombre chiquito, de vivos movimientos, nariz carta, cabello crespo, ojos de ratón, rostro siempre animado, con facciones infantiles, mucho más jóvenes que su edad. Muy chusco, divertido bufón, tenía además muchas habi-

lidades manuales; fabricaba fuegos de artificio y cometas, jugaba á todos los juegos, sosteníase de pie en un caballo á galope, se balanceaba más alto que cualquiera en el columpio, y hasta sabía enseñar las sombras chinescas. No tenía igual para recrear á los niños, y él mismo no se hubiera aburrido estando un día entero con ellos. Cuando le entraban ganas de reír, toda la casa andaba en vilo; acá y acullá hacíasele coro; ponía en conmoción á todo el mundo. Se enfadaban con él, pero se reía. Ejecutaba admirablemente todos los bailes rusos, en particular el del «pececito». En cuanto el coro entonaba el aire de danza, nuestro retozón corría á meterse en medio del círculo, giraba, saltaba, pataleaba; luego, tirándose de pronto al suelo, imitaba las contorsiones de un pez en seco, encorvándose de tal suerte que sus talones y nuca se tocaban; después saltaba bruscamente... ¡De

veras, sentíase temblar la tierra bajo sus plantas!

Ya he dicho en otra parte que Teleguín era muy aficionado á los bailes. Cuando le entraba el capricho, á veces gritaba:

—¡Eh, Ivan, cocherito, ven aquí! ¡Báilanos «el pececito!» ¡Vamos pronto!

Al cabo de un minuto, decía entusiasmado á media voz:

—¡Qué gracioso es, Dios mío, qué divertido!

Y cádate que ese mismo Iván, durante mi última estancia en Sukodol, entra en mi cuarto, y, sin decir una palabra, se pone de rodillas.

—¿Qué te pasa, Iván?

—¡Sálveme su merced, *barín!*

—¡Salvarte! ¿Qué quiere decir eso?

Iván me refirió su desventura. Veinte años atrás, su señor, un tal Sukhikh, se lo había cambiado á Teleguín por un siervo de éste. Hizo la cosa entre amigos, sin papeles ni formalidades

de ninguna especie. El aldeano que habían dado en trueco de él falleció, y los Sukhikh olvidaron por completo á Iván, quien permaneció como siervo en casa de Teleguín; el sobrenombre de Sukhikh era lo único que recordaba su origen. Pero sus primeros señores murieron también; sus dominios pasaron á otras manos; y el nuevo propietario, que tenía reputación de ser un hombre cruel y tiránico, habiendo sabido que uno de sus siervos estaba en casa de Teleguín sin permiso ninguno en regla, pidió que se lo devolviesen. En caso de negativa, amenazaba con querellarse ante los tribunales y hacer que impusieran una multa. No era vana la amenaza, porque su título de consejero privado le daba gran autoridad en la provincia.

Medroso Iván, corrió á casa de Teleguín. El buen hombre tuvo mucha lástima de su bailarín. Propuso al consejero privado una buena suma

como rescate de Iván; pero el consejero privado no quiso darse á razones: era natural de la Pequeña Rusia, testarudo como un diablo. De grado ó por fuerza, hubo que devolverle el pobre mozo.

—¡He echado raíces aquí, me he acostumbrado á esto, aquí he servido, aquí he comido el pan y aquí quiero morir!—me dijo Iván.

Y aquella vez no se reía su rostro; antes bien, habíase quedado rígido como la piedra.

—¡Y ahora tengo que irme á casa de ese mal hombre! ¿Soy un perro para que así me lleven de un cubil á otro con una soga al cuello... «¡Acá, toma!»... Sálveme su merced, barín; ruegue por mí á mi buen tío; recuerde su merced cómo divertía yo á todos Vds.... Si no, esto parará en mal, concluirá por una catástrofe.

—¿Por qué catástrofe?, dime, Iván.

—Mataré á ese *barín*; esa es. Iré

y le diré: «*Barin*, permitame vuestra merced volverme allá abajo; de lo contrario, ¡ojo!, guárdese su merced... porque le mataré.»

Si un pinzón ó un canario hubiera tomado la palabra para afirmarme que iba á matar á otro pájaro á picotazos, no me hubiese quedado más tranquilo. ¡Cómo! El pequeño Iván, ese bailarín, ese compañero divertido, ese bufón, ese amigo predilecto de los niños (y niño él), aquella criatura mansa é inofensiva... ¿convertirse en un asesino? ¡Qué absurdo! Ni un solo segundo creí que hablaba con seriedad. ¡Sólo el que hubieran podido salir de su boca tales palabras parecíame ya en extremo sorprendente!

Sin embargo, me fui en derechura á casa de Teleguín. No le confíe lo que Iván me había dicho; pero le supliqué de todas las maneras posibles que buscarse, no importa cómo, el medio de arreglar el asunto.

—Muchacho—me respondió el viejo;—lo deseo con todo mi corazón, pero ¿qué hacer? He propuesto á ese *khokhol* (1) una gruesa cantidad, trescientos rublos, ¡sí, trescientos, te lo juro!... y me ha mandado á paseo. ¿Qué quieres que yo le haga? Habíamos arreglado la cosa sin formalidades legales, á la buena de Dios, según la antigua usanza... ¡Y mira en lo que ha venido á parar! Mucho me temo que ese mal hombre se apodere de Iván por la fuerza; tiene vara alta, el gobernador está siempre á partir un piñón con él; ¡enviará fuerza armada! ¡Y á mí me dan miedo esos soldados! En otros tiempos ¡pardiez! cuando era yo joven, hubiese defendido á Iván costara lo que costase; ¡mas, ahora mira qué ruina estoy hecho! ¡Valiente guerrero, á fe mía!

(1) Apodo que dan los rusos á los naturales de la Pequeña Rusia.

Lo cierto era que en aquella última visita encontré á mi tío muy avejentado: las pupilas de sus ojos habian tomado un color lechoso como en los recién nacidos; y la consciente sonrisa de otros tiempos habiase trocado en esa otra sônrisa maquinal, de una dulzura un poco forzada, que hasta en el mismo sueño conserva el rostro de los ancianos decrepitos.

Comuniqué á Iván la resolución de Teleguín. El pobre muchacho quedóse largo rato inmóvil, silencioso, meneando la cabeza, hasta que al fin dijo:

—Vamos, no es posible evitar el destino. Lo que he dicho, dicho está. Ahora sólo me queda gozar de lo que me resta. «*Barin*, si gusta su merced, hágame el favor de darme algo para echar un trago.»

Le di un poco de dinero. Se emborrachó de lo lindo; y el mismo día baidó «el pececito» con tan frenéticas

contorsiones, que las chicas y las mujeres del villorrio lanzaron gritos extáticos.

Me marché el siguiente día. Tres meses después, hallándome en Petersburgo, supe cómo habia cumplido Iván su promesa. Enviáronlo á casa de su nuevo señor, quien le hizo llamar á su gabinete y le dijo que le nombraba cochero, que le confiaba su *troika* de caballos de Viatka, y que se le castigaría severamente si no los trataba bien, ó, en general, si desempeñaba mal sus servicios.

—¡No me gusta chancearme!—concluyó.

Después de haber escuchado hasta el fin á su señor, Iván comenzó por echarse de rodillas ante él, inclinando la frente hasta el suelo; después, le declaró que seria lo que su gracia quisiera, pero que él no podía ser su servidor.

—¡Permitame más bien vuestra

nobleza ser labriego y pagar la renta, ó bien, hágame soldado su merced! De lo contrario, ¡puede ocurrir tan pronto una catástrofe!

El *barin* se puso furioso y exclamó:

—¡Ah, qué es eso! ¿Te permites hablarme de esa suerte? En primer lugar, sabe que soy excelencia y no alta nobleza; después, has pasado la edad del servicio y no tienes talla para soldado. Y, por último, ¿de qué catástrofe hablas? ¿Querrás acaso prender fuego á la casa?

—No, vuestra excelencia; no es prender fuego.

—¿Matarme, entonces?

Iván se calló un momento, y al cabo dijo:

—No soy servidor de vuestra excelencia.

—¡Ya te haré ver claro—rugió el *barin*—si eres mi servidor ó no!

Hizo castigar cruelmente á Iván; pero, sin embargo, dispuso que le con-

fieran su *troika* de caballos de Viatka y le nombró cochero suyo.

Iván hizo como que se sometía, y cumplió con las funciones de cochero. Como era maestro en la materia, bien pronto obtuvo la confianza del *barin*, tanto más cuanto que su conducta era irreprochable y sus caballos engordaban mucho; habíanse puesto redondos «como cohombros» y daban gusto verlos.

A la postre, el *barin* hacíase conducir por él, con preferencia á todos los demás cocheros. Algunas veces le decía:

—Bueno, Iván, ¿te acuerdas de nuestra primera entrevista? No ha habido nada de aquello. ¿Se te fueron de la cabeza aquellas tontunas? Así creo.

Pero Iván daba siempre la callada por respuesta á tales palabras.

Un día, por Reyes, el *barin* salió para la ciudad con Iván en un trineo forrado de alfombras, arrastrado por

su *troika* con guarniciones de casca-
beles. Al llegar á una cuesta rápida,
los caballos empezaron á subirla al
paso. Iván se apeó del reborde que
sirve de pescante y pasó á la trasera
del trineo, como para recoger alguna
cosa.

Helaba de firme; el *barín* iba senta-
sentado, con guantes de abrigo y un
gorro de castor en la cabeza. Iván
saco un hacha de debajo del vestido,
se acercó al *barín* por detrás, le arran-
có el gorro, le dijo: «Pedro Petrovitch,
ya te había prevenido, tuya es la cul-
pa» y le abrió la cabeza de un solo
hachazo. Luego detuvo los caballos,
volvió á poner en la cabeza del *barín*
muerto el gorro que le había quitado,
subió otra vez á su asiento, dirigió
el vehículo hacia la ciudad y presentó-
tóse en derecha ante el tribunal.

—He aquí esto, mi general,—dijo.
—Yo lo he matado. Se lo había dicho,
lo he hecho. Que me aten las manos.

Iván fué preso, juzgado y senten-
ciado á las penas del *knut* y después
á galeras. El alegre bailarín, el rego-
cijado pinzón, entró en las minas y
desapareció para siempre.

Digan lo que quieran, es preciso re-
petir, aun cuando en otro sentido, la
rase de Teleguín: «Aquellos eran los
buenos tiempos... No hablemos más.»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO